

FUNERAL BAJO LA LLUVIA

Walter Garib



Puro Cuento

AURORABOREAL®

www.auroraboreal.net



AURORABOREAL®

CUENTO

2014

Walter Garib

Escritor chileno (1933). Ha publicado *Esclavo de tu inocencia* (2013), *Le voyageur au tapis magique* (2012), *Malandanzas de un enano* (2009), *El viajero de la alfombra mágica* (2008), *No recomendable para señoritas* (2007), *Me dicen El Querubín* (2007), *Hoy mañana del ayer* (2006), *Historias que caben en un dedal* (2004), *La noche interior* (Antología de Cuentos varios autores 2001), *L'Homme qui cherchait son visage* (2000), *100 Cuentos brevísimos de Latinoamérica*, *Antología de Cuentos* (2000), *El otro Caín* (1997), *El hombre del rostro prestado* (1997), *Vendimial 3* (Antología de Cuentos varios autores 1995), *Pícaros y atrevidas* (1994), *Antología del cuento erótico* (Varios autores), *Caudillo iluminado* (1993), *Cantarrana no es la luna* (1993), *Por desamor al amor* (1992), *El viajero de la alfombra mágica* (1991), *Las muertes de un falte difunto* (1990), *Las noches del Juicio Final* (1989), *De cómo fue el destierro de Lázaro Carvajal* (1988), *Travesuras de un pequeño tirano* (1986), *Agonía para un hombre solo* (1977), *El pescador y el gigante* (1973), *Festín para inválidos* (1972) y *La cuerda tensa* (1963).

Aurora Boreal® eBooks

Foto Walter Garib © Jorge Sacaan

Diseño: Leo Larsen®

Portada y contra portada foto © Mario

Camelo

Diseño original de la colección
Leo Larsen

Primera edición
en Aurora Boreal® Cuentos: Abril 2014

© Walter Garib
© Aurora Boreal®

Derechos exclusivos de edición
en español reservados
para todo el mundo:
© Walter Garib
© Aurora Boreal® en eBook
www.auroraboreal.net
info@auroraboreal.dk
ISSN 1902-5815 Editorial Revista Aurora Boreal®

Producción Jazz en la 127® 
Copenhague - Dinamarca

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea digital, eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor y el autor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



AURORABOREAL®

Walter Garib
Funeral bajo la lluvia

Pabellón de la muerte

Al despertar Cesáreo Donaire aquel amanecer —no Gregor Samsa de la *Metamorfosis* de Kafka— encontró de par en par abierta la reja de su celda. ¿Cómo entenderlo? A modo de alejar de su mente aquella situación surgida de la irrealidad, volvió a cerrar los ojos. Se mantuvo así breves segundos y los volvió a abrir. En medio del silencio, el escenario continuaba siendo el mismo y no se divisaban carceleros.

Desde hacía una semana se hallaba en el pabellón de la muerte, esperando ser ahorcado esa madrugada, en presencia del dictador y su familia, la que también había sido agraviada por Cesáreo Donaire. Invasado de terror se incorporó en el catre, pues en cualquier momento lo vendrían a buscar. ¿O ya había sido ejecutado?

A tuestas se levantó sin entender nada. Aun cuando entender, en nada lo iba a ayudar. Se puso los zapatos sin cordones, la camisa de tela burda, el pantalón y se asomó al corredor. Nadie circulaba por ahí. Ni siquiera oía el ladrido de los rottweiler, que utilizaban los guardias.

Sin querer, dominado por la ansiedad, volcó un jarro de aluminio donde bebía agua, y el ruido se convirtió en reverberación. Aguardó unos instantes, convencido que llegarían en tropel los guardias, pero nadie apareció. Imperaba la quietud del silencio, como

hallarse extraviado en el desierto de Atacama. ¿Y si huía?

Por momentos pensó que le ponían una trampa. ¿Cómo fiarse de los celadores que lo hostilizaban a diario y decían que pronto sería cadáver? Si escapaba, reafirmaría su culpabilidad, y si seguía ahí, demostraba inocencia. Al final, semejante observación antojadiza le pareció ingenuidad, propia de quien va a enfrentar lo desconocido. Quien huye no siempre es culpable.

Salió al corredor.

Se filtraba la luz cruda del crepúsculo por las claraboyas de la cárcel. Si empezaba a correr, podía alertar a la guardia que, por cierto, se había quedado dormida. Entonces, prefirió ir de paseo. Un paseo de día domingo que bien lo conduciría a la libertad o, de equivocarse el rumbo, al patio donde se levantaba la horca. Traspasó una, dos, tres rejas que también permanecían abiertas. Después de recorrer un largo trecho, se enfrentó a la salida del penal. He escrito salida. Si digo entrada, tergiverso el cuento.

La reja de hierro de puntas de lanza de tres metros de altura se hallaba cerrada. No había candado, cerrojos ni fallebas para asegurarla. En la caseta de guardia reinaba la ausencia. Uno tras otro hecho constituía una paradoja. Que la hubiese, no resolvía nada. Cesáreo Donaire le propinó a la reja un empujón con el hombro. Ante su perplejidad se abrió sin emitir un chirrido, como si esperara su huida.

Frente a sus turbados ojos se abría la amplia alameda por donde arribó a la cárcel. Hasta ahí, en un

coche celular, lo habían conducido engrillado. En una manifestación de estudiantes, había escupido el afiche donde aparecía el dictador Augusto Pinochet, alias Daniel López Riggs.

Sí; ahora empezaría a correr hasta perderse. Como sus zapatos no tenían cordones, estaba obligado a dar zancadas. Nadie lo perseguía, ni siquiera la suave brisa matinal. En tanto, no encontraba en su trayecto, ni vehículos, ni señales de vida, como si desde siempre la ciudad estuviese muerta.

Aquella alameda semejaba un túnel parecido a los que recorría en autobús, cuando viajaba a Valparaíso. Ahora, sin saber hacia dónde se dirigía, escapaba de la soledad. Se detuvo agobiado de enigmas que nublaban de pesadillas el amanecer. Esa ciudad no parecía ser la suya, aunque no siempre se sabe cuál es la propia. A lo mejor, soñaba, y como quería despertar en medio de tanta confusión, decidió regresar a la cárcel.

Vida entre algodones

Como debe ser la mansión de nabab en Chile, la profusión de habitaciones entre salas de juego, gimnasio, baños, comedores de invierno y verano, cumplían con las exigencias del dueño. En el segundo piso se hallaban las alcobas, baños con jacuzzi, sauna, el escritorio de don Máximo Regularaque; la sala de armas y una biblioteca provista de doce mil volúmenes, jamás leídos por el propietario. Menos aún por la servidumbre, compuesta por un mayordomo, el ama de llaves, y todo el personal necesario para dirigir una mansión.

La pinacoteca, donde había obras de El Greco, Picasso, Renoir, Matta, Lenka Chelén-Franulic y dos esculturas de Giacometti, se estimaba una de las más ricas colecciones de arte del país. A menudo, los museos le solicitaban a don Máximo sus obras, y las cedía, siempre que se mencionara su filantropía y de ser protector de las artes.

Es cierto que, el arquitecto impulsado por las exigencias de don Máximo, introdujo extravagancias en la vivienda. Junto a la piscina construyó una laguna para delfines. Próximo al invernadero, había un alcahaz donde convivían faisanes, perdices, pavos reales entre infinidad de aves exóticas. Aunque el dueño debía atender su banco, naviera y su importadora de café y

guajolotes de El Salvador, distraía horas en darle de comer a las aves.

De asomarse en su mansión visitas de jerarquía —políticos, banqueros, embajadores— beneficiaba faisanes para agasajarlas. En algunas oportunidades hasta el presidente de la República aparecía por ahí. Máximo, asistido de un pinche, procedía a seleccionar las aves y él mismo las descuartizaba con jifero. Sería injusto puntualizar que disfrutaba con semejante faena.

—Si el ave ignora que va a morir —advertía a su ayudante— su carne resulta más sabrosa.

Cuando se aburría de semejantes menesteres, concurría a la cancha de golf o la de tenis, donde jugaba con el mayordomo o algún ex campeón. De hacer calor se iba a bañar junto a los delfines.

Máximo Regularaque había quedado sumido en la soledad, al alcanzar la cúspide de la escala social y los diarios ensalzaban su destreza de empresario. Por desgracia, su mujer no pudo disfrutar del esplendor al desaparecer de la vida social. A ella le seducía jactarse de poseer vínculos dentro de la aristocracia.

No habían tenido hijos, aunque los sobrinos merodeaban y soñaban heredarlos. Máximo vivía como pachá, sin embargo, no ayudaba a nadie de la parentela donde había viudas, dos enfermos crónicos hermanos de su madre, niños abandonados, junto a quienes decían ser sus familiares.

—No hay en todo Chile ningún otro Regularaque —aclaraba a su secretario cuando éste le informaba de las peticiones de ayuda que recibía a menudo— así que

advierta a los pedigüeños que recurran a las instituciones de beneficencia.

En el horizonte de Máximo Regularaque no se vislumbraba inquietud económica. En tanto, la prensa anunciaba de la aparición de un imperio. A su alrededor todo crecía, se multiplicaba, desbordaba y en menos de una década se convertía, acaso, en el hombre más próspero del país. La revista Forbes ya lo había incluido entre los hombres más adinerados del mundo. Otros medios llamaban a imitar a este genio de las finanzas, surgido de la nada.

Durante la noche se aislaba en sus aposentos a ver telenovelas, monos animados o las noticias en la televisión. Si mencionaban su nombre o aparecía en pantalla, se desternillaba de la risa o se ponía a llorar. Aquello le producía igual sensación, cuando sus administradores le mostraban en gráficos, la buena salud de sus empresas. En la alcoba contigua, su mujer jugaba a las muñecas.

Solitario en la ciudad

A menudo, Pepín se instalaba a observar el río Mapocho desde el puente La Concepción. Le producía encontradas reacciones mirar el caudal convertido en riachuelo en otoño, y en avalancha cuando en invierno llovía. El tenue y cadencioso murmullo del agua, en ocasiones, conmovía sus oídos. Cuando la riada parecía desbordarse e inundar las calles, seguida de un ruido atronador, sentía pánico, deseos de huir.

Para él permanecer en ese sitio, donde se cobijan bajo el puente, mendigos, niños harapientos —lo cual habla bien de los atributos de la ciudad— se convertía en ceremonia fúnebre. ¿Cómo olvidar el día cuando su madre lo despertó de madrugada y a medio vestir tuvo que acompañarla hasta el puente? Arribaron a pie, mientras corrían a trechos esquivando las sombras. “Se ha matado, se ha matado” gemía su progenitora en tanto lo abrazaba, y él, al mirar el cauce veía un automóvil volcado, a medio sumergir en el agua.

En su recorrido, a Pepín le gustaba sentarse en una banca de la Plaza de la India, situada en las proximidades del puente. De brazos cruzados permanecía en silencio, como quien busca explicaciones al rumbo de su vida. O leía revistas de historietas o una novelita rosa. Le encantaban las de Corín Tellado. Lo hacían llorisquear hasta sentir hipo. Cuánta humanidad

se reflejaba en su escritura teñida de candor; provista de aquella insipidez que lo obligaba a recordar las historias, que le contaba su madre para hacerlo dormir.

Si se rendía de leer, contemplaba a los transeúntes, a niños que andaban en bicicleta custodiados por las criadas, o a las figuras de Gandhi, Nehru y Tagore, esculpidas en un muro de piedra. Algo sabía sobre aquellos personajes de la historia de la India y se preguntaba si la popularidad los había envanecido.

Ese enjambre de situaciones, en parte lo entretenía, aunque la abulia continuaba prendida a su existencia. Lo atosigaba sin tregua, hasta convertir en baratija esos instantes de ocio. Se echaba después a caminar sin destino, como vagabundo, aunque no debía alejarse demasiado del hogar, a donde regresaba antes que oscureciese.

Si llovía o hacía frío se quedaba en cama, por instrucciones de su madre. “Pepín, Pepín, te puedes resfriar mi cielo si sales a la calle” le advertía como quien actúa en una tragedia griega. Y él, sumiso, permanecía en su cuarto, mientras escuchaba música en la radio.

El río de aguas turbias seguía ligado a su existencia, sin dar tregua. Se acordaba de su difunto padre. Igual se acongojaba y se ponía a evocar cuando iban de paseo al Parque Forestal. Se sentaban en el césped a compartir un bocado y a tomar bebidas gaseosas. Jugaban a las damas, chacoteaban, luego se dirigían al zoológico del cerro San Cristóbal, donde finalizaba la tarde de domingo. De eso hacía unos años, pero las imágenes se mantenían adheridas al recuerdo.

A causa de una enfermedad misteriosa, el rostro de Pepín seguía siendo de niño, pese a envejecer. Aparentaba tener siete años, aun cuando había cumplido 23 ese invierno. A médico que consultaba doña Purísima sobre la enfermedad de su hijo, el galeno movía la cabeza en señal de perplejidad. En Chile, sólo se conocían dos o tres casos, y la ciencia médica sobre esta materia se hallaba en pañales.

Esa situación, a modo de mitigar su desgracia, ella la juzgaba de gozoso dolor. Sentía que Dios quería someter a prueba sus convicciones religiosas. Enfrentada a ese infortunio, debía responder con oraciones, misas, penitencias y asumir su destino como cristiana. En una ocasión quiso ponerse un cilicio, pero una de sus hermanas lo juzgó una demasía.

Las veces que consultaba al capellán de su parroquia, él la animaba a aceptar los designios de la providencia. “Nuestro Señor así lo ha deseado y debe usted resignarse, doña Purísima”, le exponía ceremonioso. El hijo único seguía junto a ella y de seguro para siempre. Si la divinidad lo había castigado sin misericordia, en cambio le entregaba un ser de infinita bondad, sumiso, apegado a sus faldas.

Doña Purísima le confeccionaba la ropa, siguiendo el patrón que obtenía de revistas de moda. Sobre este asunto privilegiaba su condición de madre guardiana. Así el joven se convertía en chiche, en adorable criatura para enorgullecer a su progenitora. Lo vestía como niño y no le afectaba que fuese el hazmerreír del vecindario. Si ambos eran felices y ella así lo sentía, ¿qué importaba

el resto? Le ponía camisas con pechera, blondas en las mangas, y un pantalón holgado. ¿Acaso los criticones entendían la dimensión de su drama?

Convertido en figurín, el joven odiaba los excesos maternos, aquella obsesión por tratarlo como infante, pues él se sentía hombre. Por algo buscaba la soledad y no se le conocían amigos. En una época solía jugar con el vecino de enfrente, pero éste se había mudado de barrio. A veces se detenía a conversar, más bien a cruzar palabras de cortesía con el dueño del quiosco de diarios, donde compraba revistas, golosinas y sus novelas rosa.

Por respeto, saludaba al anciano que vivía contiguo a su casa, quien salía a barrer la vereda después de almuerzo. Su nieta, chicuela de expresión ácida que se ponía a mirar por la ventana de su pieza a los transeúntes —vestía de café por un exvoto— divisaba a Pepín y le sacaba la lengua, mientras realizaba ruidos guturales. En otras ocasiones, le hacía gestos con las manos, donde parecía insinuar algo. ¿Debía entenderse como invitación?

Doña Purísima le obsequiaba juguetes en navidad y en su cumpleaños. Él le había pedido una bicicleta, pero su madre alegaba que era un gasto desmesurado que afectaría el presupuesto familiar. Así, lo protegía de eventuales accidentes y lo obligaba a permanecer más tiempo recluido en el hogar. Después, le pidió patines, y ella vuelta a negarse. “Ese no es un juguete para ti, mi cielo”, le había respondido. Al primer estornudo o malestar, cuando el joven moqueaba o le dolía la barriga, doña Purísima le ponía el termómetro, le daba

aspirinas, jarabes gusto a azúcar quemada, lo arropaba y le exigía quedarse en cama.

Por costumbre, iban de compras al mercado Providencia, a misa donde Pepín se veía forzado a comulgar. “Dios te mira desde el cielo, mi vida”, lo fastidiaba su madre. Una vez al mes se dirigían a la peluquería. Ella se iba a teñir las canas y hacerse peinados estrafalarios, como si aún tuviese treinta años. A Pepín la misma peluquera le cortaba el pelo, de acuerdo al gusto de su progenitora. En seguida, concurrían al salón de té “Centenario” de la avenida Providencia, donde doña Purísima había conocido a quien iba a ser su esposo. Tomaban café con leche acompañado de un trozo de torta de chocolate y regresaban a casa antes de oscurecer.

Aunque a Pepín aquella rutina y las prácticas de exacerbada maternidad lo enfurecían, al extremo de querer marcharse del hogar, las consentía para complacer a su madre viuda. ¿Cómo defraudar a quien lo protegía, aunque de un modo fastidioso? ¿Cómo abandonar a esa mujer golpeada por la adversidad? La existencia de ella, secretaria jubilada de un bufete de abogados, se había reducido a vivir junto a ese chicuelo enfermizo, convertido en su razón de ser. Ella disponía de una jubilación mediocre, incrementada con la ayuda de una hermana soltera, recursos que le permitía adquirir comestibles, darse gustillos burgueses y pagar el alquiler de tres piezas donde vivía con su hijo.

Si a Pepín se le antojaba recorrer el barrio empeñado en ahuyentar el tedio, doña Purísima le hacía

recomendaciones majaderas, las cuales lo fastidiaban. Igual las asumía por temor reverencial. Debía cruzar la calle sólo en las esquinas; cuidarse al caminar y jamás hablar con mujeres que abordan a los hombres. “Ellas serían tu perdición, mi cielo”, aguijoneaba convertida en avispa. Como último consejo, tenía que regresar temprano a casa, pues la ciudad cuando oscurece, acecha en cada esquina.

—Tu padre, mi cielo —a menudo le refería quejumbrosa y se persignaba con resignada beatitud— murió debido al exceso de libertinaje, y yo que le aconsejaba que se cuidara.

Pepín sabía que su progenitor se había suicidado de tanto recibir humillaciones, hostigamientos diarios, mofas porque trabajaba de taxista y no ejercía su profesión de tenedor de libros. Se lanzó en automóvil al río Mapocho desde el puente La Concepción, después de beber toda una noche en una cantina del sector.

En verano, madre e hijo viajaban a Cartagena invitados a la casa de un primo de doña Purísima, quien la pretendía. Dos semanas de quietud, paseos, aire puro, lejos del tráfago de Santiago. Bajaban a la playa y Pepín se podía bañar en la orilla, sólo si permanecía cogido de la mano de su progenitora. “Me moriría si te sucede algo, mi cielo” decía ella, mientras vigilaba las olas. En seguida, iban a las rocas a recoger conchitas de moluscos, ágatas que al joven le gustaba coleccionar. De ahí a hacer compras menudas y regresaban a casa a la hora de almuerzo. Doña Purísima lo obligaba a encasquetarse un sombrero alón de paja, ponerse camisa

de mangas largas, porque la piel se le cubría de ronchas por el exceso de sol.

Al atardecer, después de la siesta, paseaban por la costanera cogidos de la mano. Ella expresaba su dicha al caminar con la cabeza erguida y la mirada puesta en lontananza. Aquellas demostraciones de pedantería y ternura incomodaban al hijo, debido a que algunos transeúntes los observaban con malicia, pero sabía aplacar su contrariedad. Compraban maní tostado, barquillos y regresaban a cenar a casa. Así, a diario cumplían el mismo ritual, excepto cuando se nublaba y hacía frío, hasta que concluían las vacaciones y retornaban en tren a Santiago.

Mientras Pepín esa mañana se peinaba frente al espejo, se sorprendió al descubrir pelusillas blancuzcas en el rostro. ¿En qué momento crecieron sin haberlo percibido? Aquella aparición le produjo tanta alegría, que empezó a gemir, a palparse el rostro como si no lo conociera. ¿Cuál era la razón de esa advertencia? ¿Se iba a desvanecer su rostro de niño? Se volvía a mirar al espejo dominado por la perplejidad, las ansias envueltas en temor. ¿Acaso era un sueño? Parpadeaba, cerraba los ojos por instantes. Se mordía los labios hasta el sufrimiento. Las benditas pelusillas, sin embargo, continuaban ahí, como inequívoco mensaje.

Escuchó a su madre que desde la cocina lo llamaba con insistencia, pero se hizo el dormido. “Pepín, Pepín; te vas a quedar sin desayunar, mi cielo. Hoy te serviré un bizcocho que hice anoche”, la oyó decir con ese tonillo plañidero, cursi de quien en cada palabra incorpora

lástima. Se acordó del instante en que los bomberos sacaban a su padre del río, lo depositaban en una camilla y cubrían con una frazada. Al momento de subirlo a un furgón, doña Purísima se abalanzaba sobre su marido, mientras gemía y culpaba al destino por aquella desgracia.

Pepín no pudo aquietar las ansias, que como redoble de timbal sacudían sus vísceras. Salir en secreto a comprar una navaja. Había llegado la hora de enmudecer a quien en silencio odiaba.

Funeral bajo la lluvia

Lo intuyo. Mis lectores que no pasan de una docena, me van a acusar de exagerado, de querer burlarme de ellos si les refiero esta historia. Ya no importa decir extravagancias de tanto manosear la escritura, o ser tildado de embustero o plagiar no sé a quién. Cuando se llega a la edad en que se empiezan a oír los clarines de la parca —una de las deidades que corta el hilo de la vida— agregar otra narración alambicada, no daña al escritor. Lo expone a la envidia, a la crítica aceitada por las editoriales.

A cualquiera le debe producir sobresalto encontrar por ahí a quien ha fallecido. Acaso ambos lo estén y se hallan en el cementerio, en ánforas con cenizas, o en lugares creados por las religiones. En semejantes escenarios todo puede suceder. Si alguien tropieza en la calle, en un café, en una plaza con una persona que ha muerto, debe actuar con prudencia.

Es el caso de mi amigo Pericles Referéndum, quien gustaba frecuentar el café Apocalipsis. A menudo aparecía por ahí en las tardes y se ubicaba en la mesa de costumbre. Pedía café con cardamomo, un vaso de soda y se entregaba a la divagación o a observar a las personas. Al rato se arrimaban los amigos y la charla adquiría amenidad.

Nadie conocía su oficio. Bien podía ser comediante, petardista o restaurador de cuadros. Constituía una delicia platicar con él. Dominaba el francés, el inglés y cualquier tema y hacía gala de ilustración. Siempre sospeché que pertenecía a familia de alcurnia vinculada al dinero y se dedicaba a la holganza.

Como suele suceder a hijos de abolengo, cuyo propósito no es trabajar, porque hacerlo no les corresponde a ellos. Vestía con pulcritud sin caer en el amaneramiento, pero sus ropas delataban el gusto de quien sabe de elegancia.

Durante un mes dejamos de verlo. Alguien anunció su muerte y la noticia nos trajo cuervos negros a la memoria. Tomar café sin Pericles se convertía en desdicha, como beberlo aguado y sabor a rancio. Resignarse a su ausencia definitiva, constituía la demostración de cuán necesario se hace disponer de amistades entretenidas.

Como viajé a Valparaíso a dar una conferencia en la Universidad de Playa Ancha, decidí visitar el Cerro Alegre. Al anochecer —el cielo se cubría de nubes plumizas cargadas de presagios líquidos— entré a cenar al “Sabor Color” de la calle Templeman. Ahí divisé en una mesa aislada a Pericles Referéndum. Me paralicé y por momentos deduje que se trataba de un sosia. Vestido con la dignidad de siempre, tomaba café mientras leía un libro. Después de hacerme notar con un carraspeo, hizo un gesto de asombro y me invitó a compartir su mesa.

—Sabes califa —dijo antes de yo pronunciar palabra, aunque no la tenía— me aburrí de vivir en Santiago. Se ha convertido en una ciudad caótica. Aquí en las mañanas, luego de desayunar recorro Valparaíso a mis anchas, donde siempre encuentro novedades. Voy a charlar con Fesal Chaín a la feria del libro usado, a visitar las casas de antigüedades, o a comprar pescado y mariscos a la caleta El Membrillo. Almuerzo tarde y después de dormir siesta de jubilado, me vengo a instalar al “Sabor Color”.

No iba yo a cometer el disparate de anunciar que lo creíamos muerto, y respondí urgido, aún sin poder dominar el estupor:

—Envidio tu suerte, Pericles.

—Creo que el ocio es una dádiva, califa. Aquí estoy encantado de la vida. He rejuvenecido. ¿No lo notas en mi expresión? Te invito a cenar a mi casa. Deseo que conozcas mi refugio.

Juzgué indebido rehusar. Pericles siempre exhibió generosidad, la cual exponía a diario. Cruzamos la calle mientras llovía y accedimos al pasaje Pierre Loti. Nos detuvimos frente a la casita número 46 pintada de lila. Justo en ese instante —la lluvia arreciaba en su afán de intimidar— se abrió la puerta. Apareció una joven que bien podía tener la mitad de los años de Pericles. Sin artificios mostraba en sus vestimentas y rostro, la hermosura de la nativa con mezcla extranjera. Una verdadera ofrenda de la naturaleza. Quedé deslumbrado, sin habla ante la presencia de ese obsequio celestial. ¿Cómo había logrado mi amigo seducirla?

—Te presento a Eurídice, querido califa —anunció feliz— y ella entre sonrisas, dijo:

—Pericles a menudo me habla de usted y de quienes concurrían al café Apocalipsis. Siente nostalgia por sus amigos.

La cena se convirtió en pretexto para hacer recuerdos. Eurídice, anfitriona de múltiples recursos, cuya amabilidad se observaba en cada uno de sus actos, ofreció licores, refrescos y viandas donde seducía la variedad de manjares. Ni que hubiese sabido de mi visita a Valparaíso. Se prodigó hasta en los ínfimos detalles y yo seducido la admiraba. De madrugada, abandoné la hospitalidad rumbo al hotel Bristol, aunque la charla se encendía gracias al ingenio de Pericles, la lluvia y la presencia hipnotizadora de Eurídice.

Al cabo de dos días realicé la conferencia, y ante el estupor del auditorio, compuesto en su mayoría por alumnos y académicos, destrocé la novela actual que se escribe en Chile. Me referí a su insipidez, ausencia de originalidad y a aquella manía de utilizar un lenguaje pedestre, propio de quienes privilegian el fastidio. Entre aplausos, abucheos, insultos y de quienes pretendían interpelarme, abandoné el recinto.

En la noche, mientras cenaba en compañía de autoridades y profesores de la universidad, me enteré de la muerte de un amigo, cuyas exequias se iban a realizar el domingo, después de una misa, a la cual no pensaba asistir. Ese día aparecí en el Cementerio Panteón. Llovía a intervalos; no lo suficiente para desalentar mis compromisos sociales. A la espera del séquito, me

guarecí bajo la frondosidad de los cipreses, cuyas ramas orladas de gotas de lluvia o de lágrimas, parecían suplicar piedad al cielo.

Arribó la carroza y el ataúd emergió como desatinado pasajero. Cabizbajo caminé detrás del féretro en medio de la esmirriada concurrencia, y en pausado andar nos dirigimos a la sepultura. Yo pensaba en Eurídice, quien convertida en obsesión vivía alojada en mis pensamientos; en Pericles Referéndum, cuya súbita aparición constituía un hecho perturbador, venido de ultratumba.

Esa noche al concluir la cena, donde brindamos por nuestra amistad, Referéndum se dirigió a la cocina a preparar café a la usanza del beduino. Sin lograr contener mi súbita insensatez, la cual incendiaba mis vísceras, en susurros declaré mi amor a Eurídice. En medio de mi pasión desenfrenada propia de granuja, mientras ella escuchaba aturdida y lagrimeaban sus ojazos negros de sílfide, advertí que no renunciaría a amarla, aunque tuviese que cometer un disparate. Me atreví a cogerle la mano temblorosa, aunque ella se resistía y agitaba su cabeza, como quien contempla una desgracia. “No es justo; no es justo, califa” balbucía.

En el sepelio, como quien no desea ser advertido, me aproximé a observar el rito al momento de la inhumación. Alguien pronunció un breve discurso, insípido por naturaleza, mientras la viuda se aferraba al ataúd y gemía hasta casi desfallecer. Sobrecojía aquella demostración de amor vinculado a la fidelidad, interrumpido por la muerte.

He leído esta historia a Eurídice. Me besa con igual frenesí en la boca, como ese domingo en el cementerio Panteón.

Pastel con crema chantilly

Entra a la cafetería un hombre con barriga de cachalote. Se detiene frente a la vitrina de los pasteles, y por los gestos que efectúa, sueña engullirlos de a uno sin dejar migas. Se dibujan en su expresión las ansias del gozador impenitente, que sólo vive para tragar golosinas. Tiene edad indefinida a causa de la obesidad, la cual lo obliga a desplazarse a pasos breves. Realiza un ademán sutil levantando las cejas, y con el índice señala al dependiente, cuál de los pasteles apetece.

Ha seleccionado uno con desbordada crema chantilly, y por su tamaño, parece ser sombrero de aristócrata. Si quisiera tragarlo de un tarascón, le significaría una compleja faena. Acaso sufra un síncope, se atragante no sin antes embadurnarse hasta la nariz de tamaño y color de pimiento. Al final, precisaría de cuchillo y tenedor si desea comer la delicia, y así respetar las normas de urbanidad.

El dependiente, solícito a las demostraciones de gula del fulano, pregunta si apetece servírselo ahí o lo quiere llevar consigo. Nuestro cetáceo, perdón, nuestro barrigón dice que desea comerlo en el local y se ubica en una mesita. Ahí arriba el pastel llevado por una camarera de expresión taciturna. Ella demuestra que también lo ansía engullir. Lo observa con la actitud propia de criada, mientras imagina cómo va a

desaparecer en la boca del glotón. No puede expresar deseos, pues infringiría las normas del servicio. Al momento de ponerlo frente a los ojos del panzudo, dice:

—Está servido, señor. ¿Desea algo más?

—No; gracias señorita— y divide su curiosidad en el pastel de chantilly y la camarera, cuya belleza lo conmueve.

Mientras la muchacha se aleja a atender otras mesas, el obeso se frota las manos y en sus ojos y boca de sibarita circula el fuego de la avidez. Ni que pretendiera seducir a la camarera. Duda si apelar a los cubiertos para dividir el pastel o valerse de sus dedos, iguales a chorizos. Hacerlo de ese modo sería ordinario. Observa la golosina desde distintos ángulos, y el olor a crema chantilly estimula sus glándulas. ¿Por dónde embestir? Sabe respetar aquella demostración de repostería, el genio de quien la elaboró. Engullir tal exquisitez, sin siquiera rendir homenaje al autor, lo estima un desatino. ¿Cuántas personas trabajaron —cavila— para arribar a ese prodigioso resultado?

Se concentra en la crema chantilly, masa, diversidad de ingredientes empleados y concluye hallarse frente a una obra de arte. Sin realizar otros análisis, utiliza cuchillo, tenedor y divide el pastel en dos. ¿Por cuál de las mitades empezar? Desde la distancia, la camarera lo observa y pondera que al final, el barrigón decida sólo servirse una porción. Así, ella retiraría la otra mitad, apenas se marche el cliente y correría al baño a engullirla.

Como lo había previsto, el barrigón devora un pedazo y luego de eructar con disimulo y cancelar la cuenta, se aleja moviendo la barriga y nalgas de cetáceo. Ha calculado mal su glotonería de esa hora. Por vergüenza no ha querido llevar a casa la otra mitad.

La camarera, al momento de aproximarse a la mesita para retirar la sobra, ve entrar a un mendigo, quien por sorpresa coge el trozo de pastel. A dos manos lo engulle en tanto gime, ante el estupor del público.

De entre la concurrencia surge una persona. Asegura ser de la policía secreta y detiene al pordiosero por alterar la paz social. Lo engrilla y aguarda la presencia de refuerzos. La camarera se ha introducido a los retretes y mientras orina, se lamenta por no haberse anticipado al mendigo.

Pasión y desenfreno

Después de analizar Francisco en detalle a la mujer, sintió deseos de ultimarla. Se ajustaba a su propósito. Ella, sentada a una mesa del restorán Q, degustaba una trucha a la pimienta, guarnecida con ciruelas. A metros, Francisco después de cenar, bebía una copa de coñac. En esa hora, donde la languidez contagia y se hace la digestión del sibarita, en el comedor se escuchaba un vals de Strauss, interpretado al piano por quien vestía de etiqueta.

Francisco se preguntaba, cuál debía ser el sitio adecuado para cumplir su maquinación. Esperaría que la mujer concluyera de cenar, y la seguiría apenas se marchara. De seguro, residía en los alrededores del restorán. Como nadie la acompañaba, bien podía ser viuda en busca de correrías nocturnas, timadora o quien se especializa en seducir a los hombres, en un sector donde abunda la gente encopetada.

Ojalá, pensó Francisco, se fuese caminando por la solitaria calle. En algún momento de descuido, amparado por la oscuridad y la lluvia que mojaba la noche de otoño, la liquidaría de una estocada en el vientre. Sí; con el estilete del bastón de chonta que utilizaba para eliminar las inmundicias de la ciudad.

A menudo, aparecían asesinados o muertos en las calles de Santiago, mendigos, mujerzuelas, delincuentes

y nadie se inquietaba. Es cierto que, algunos morían de frío o los eliminaba el desamparo.

¿De dónde surgía su irresistible avidez de ultimar a esa desconocida? Quizá en ello residía el incentivo provocador, la idea maligna que le produjo excitación, apenas la divisó en el restorán. Aunque lo sorprendió su actitud despreocupada, no podía malograr la ocasión.

La mujer, dueña de la madurez que se alcanza al superar la curva de los cincuenta, conservaba la belleza lograda del oportuno maquillaje. En su rostro se advertía el equilibrio de quien sabe privilegiar cuanto beneficia, y disimular lo que desluce. Vestía traje de terciopelo negro, propio de quien entiende de elegancia y se esmera en demostrarlo. Al cuello, lucía un collar de perlas negras de dos vueltas. En las muñecas tintineaban pulseras de oro, y una profusión de sortijas en sus dedos, parecían ramas con frutas.

Francisco la observaba con deleite homicida, mientras construía el ritual de costumbre. Tanta provocación, a veces sutil, le producía ansiedad. Imaginaba que la estocada debía ser precisa y evitarle una lenta agonía. Lo podían acusar de asesino, pero sabía de benevolencias. Ella, enfrascada en su quehacer, bebía un zumo de papaya, comía sin prisa y miraba de soslayo a su alrededor.

¿Se puede aborrecer a quien se encuentra por casualidad? Él lo había experimentado en otras ocasiones. Se le nublaban los ojos, sentía pálpitos en las sienes, mientras le temblaban las manos. Despreciaba los gestos de aquella mujer, la manera cursi de beber a

sorbos mientras alzaba el meñique. De cómo masticaba con la barbilla recogida, mientras sus ojos parpadeaban. O se limpiaba la comisura de la boca a intervalos, con la punta de la servilleta. El alarde que insulta y quema la piel. Lo herían esos modales estudiados de impúdica afectación. En sus ojos observó el centelleo de quien estimula con la mirada, unido al rictus de su boca ávida, jugosa, provista de contenida sensualidad.

Sentía repugnancia por las zánganas empingorotadas, amigas de calificar el trabajo en sí como calamidad. Desayunan en cama y sólo se levantan a almorzar, después de hojear revistas de moda. Si hay ánimo, concurren a la peluquería, juegan al bridge y concluyen en brazos del amante pasajero.

Quizá, Francisco aborrecía lo que representaba, no ella en sí. Hubo un instante, segundos, en que las miradas se cruzaron en un punto imaginario, donde la observación se hace mutua. En ese intervalo, todo se perfilaba bajo el símbolo de la espontaneidad. Francisco sintió que ella apetecía compartir la mesa con él, después de verla sonreír, pestañear de modo juguetón igual a aleteos de mariposa, donde huelgan las palabras. Ahí Francisco decidió acompañarla.

Departieron mientras la música arrullaba, y descubrir que tenían idénticas afinidades. Platicar, ir al cine, al café; cenar donde los sorprendiera la noche. Como ella ansiaba igualar la excitación del amigo ocasional, pidió coñac. Debía equiparar su euforia. Jugar con el destino; insinuarse en apremios; sortear o bordear

el ardiente peligro, impulsada por la coquetería de hembra conocedora de su oficio.

Mientras la noche a pausas crecía, crecía en ambos el ansia de concluir en la intimidad ese encuentro fortuito. Si al comienzo se sentían solitarios, ahora les alegraba la familiaridad. Se cogían de las manos entre promesas arriesgadas, sonreían y hermanaban las piernas por debajo de la mesa. Urgía redondear la mojada noche, disfrutarla, herirla hasta arrancarle gemidos de voluptuosidad. Cualquiera habría especulado que eran amantes y celebraban un aniversario. Ambos creían, en esa ocasión, haber encontrado a su próxima víctima.

Cosas del azar

Desde los albores del feudalismo, o quizá de antes, los quirománticos ejecutan su arte adivinatorio de nuestro destino, analizando las rayas que tenemos en las palmas de las manos.

Delfina no tenía rayas en las palmas de las manos. Nunca las tuvo. Aun cuando las empuñaba al comer o al realizar faenas domésticas, las rayas no surgían. Sus palmas eran lisas como el vidrio de espejo, sin el mínimo surco que pudiese delatar la próxima aparición siquiera de una sola.

En cierta oportunidad, Delfina se atrevió a mostrar sus palmas a una gitana que, sin expresión alguna, le advirtió que no tenía destino.

Delfina no tuvo otra alternativa más que marchar a vivir donde el destino no existe.

Paraguas negro

Anna Pavlova la bailarina rusa de ballet, encontró una encomienda en su camerino, al concluir junto a Serguéi Djagilev su actuación en el “Pájaro de fuego”. Quizá uno de sus tantos amigos, entre infinidad de canastillos y buqué de flores, le enviaba un presente exótico para atesorar. Se apresuró a sacarse el maquillaje y su vestimenta de bailarina. Escuchaba a la entrada de su camerino un bullicio ensordecedor, la presencia de quienes la venían a felicitar, a rendirse ante ella como fieles perros falderos.

Al abrir la encomienda envuelta en papel de regalo, cruzada por cintas de colores, encontró un paraguas negro. A cualquiera asombrar recibir un obsequio de esta naturaleza. Quedó estupefacta, aun cuando los aplausos del público continuaban engolosinando sus oídos. A menudo le enviaban presentes estrambóticos, joyas, invitaciones a cenar en un yate bajo la luz de la luna, pero el paraguas la colmaba de incertidumbre. Preguntó a su asistente datos sobre ese objeto, quien se limitó a comentar que ignoraba quién lo había mandado.

Constituye un enigma si un paraguas llega en forma anónima a nuestro poder. ¿Cuál es el propósito de quien lo envía? ¿Hay motivos de fetichismo, de causar daño, de advertir de algo trágico que pudiese suceder? Acaso esto

y más. Anna ignoraba o no sabía interpretar el sentido de ese obsequio. A su espíritu acudía la duda. Su asistente de toda la vida trataba de tranquilizarla y le decía que si el paraguas la perturbaba, bien podía arrojarlo a la basura o regalarlo a uno de los empleados del teatro. Anna prefirió esperar.

La impaciencia de quienes la aguardaban a la entrada de su camerino se manifestaba en aplausos, vítores, alabanzas, cantos, mientras Anna hostilizada por la agitación, se miraba al espejo del tocador y de soslayo volvía a fijarse en el paraguas. Ese objeto a cualquiera intranquiliza, aun cuando fuese normal verlo en las calles si llovía. Ahí en medio de las flores se convertía en un elemento perturbador. Sabía que era de mal augurio abrirlo en el interior de las habitaciones. En esa fecha, bien avanzada la primavera, hacía meses las lluvias habían dejado París.

Minutos después autorizaba a su asistente a que abriese la puerta y una avalancha de personas ruidosas copaba su camerino. Afuera permanecía el grueso de sus admiradores, contenido por la policía. Aplausos, gritos de admiración, mientras los más íntimos la abrazaban, besaban en las mejillas e inventaban galanterías. “Te idolatramos querida Anna” se escuchaba en distintos idiomas.

Ahí, en medio de la algarabía, Anna descubrió a un hombre de edad apetecido por las viudas. Se encontraba en actitud de observador, cerca de la entrada. Vestía con la elegancia de un príncipe de oriente y se distinguía entre la multitud por su elevada estatura, bien recortada

barba y cabellera, poseedor de ese aire mundano que se advertía en sus ojos.

Anna envuelta en halos de gloria, desde hacía años encumbrada en el Olimpo, respondía a las alabanzas, a los cumplidos de toda naturaleza, besando a unos, abrazando a otros. Se prodigaba en satisfacer la euforia de sus adeptos, mientras decía: “Yo también los amo”. En medio del jolgorio rechazaba invitaciones a cenar en privado y su sonrisa constituía la mejor coraza. “En otra ocasión; en otra ocasión”, repetía yendo de un sitio a otro.

Aquel personaje desconocido abría un cofre de dudas. La actitud de permanecer impávido, como ausente en medio de tanto adulator, constituía un acicate para ella. Le producía la seducción de quien atemoriza sólo con su presencia. ¿Cómo entender su actitud? Ella sabía deshacerse de quienes la lisonjeaban por interés, de una corte de seductores que rondaba por el teatro de la ópera. Incluso del asedio antojadizo de mujeres ambidextras, empeñadas en arrastrarla a su cofradía. En oportunidades, a más de un ministro de estado le dio calabazas y se jactaba de ello entre sus íntimos. Ahora no sabía cómo actuar.

Cuando abrazaba a Marius Petipa, el coreógrafo francés, le preguntó por ese personaje: le señaló las características y donde se hallaba.

Marius Petipa, después de lanzar una mirada oblicua en la dirección que se le indicaba, dijo no conocerle. Quizá podía ser algún amigo de los compositores de música, acaso de Stravinski o de los

pintores Picasso o Braque. ¿Y por qué no un oportunista que se había introducido en el camerino? Igual se comprometía a averiguar sobre su identidad. Al rato, Marius se acercaba a Anna y le decía en susurro:

—Nadie le conoce.

En medio del alborozo llegó el champaña, las bandejas con las copas y los brindis saturaron la atmósfera de esa noche de magia. La algarabía se apoderó del camerino. Anna observó a la distancia que el extraño alzaba su copa y le hacía un brindis de complicidad. Aun cuando ella sabía ponderar las situaciones más adversas, sintió un escalofrío.

Bien podía ser quien le había enviado el paraguas negro. ¿Cuál era el motivo? En sus ojos observaba esa mezcla de pasión y candor, la fuerza que sabe cómo seducir a las mujeres. Si el extraño se acercaba para invitarla a visitar cualquier sitio de París, vedado para las mujeres, no se iba a resistir. Lo seguiría hasta extraviarse en la noche, porque se sentía embrujada, cogida por el lazo de seda que rodeaba su cuello de sílfide.

Mientras algunos admiradores de Anna, en medio del alboroto pujaban para ingresar al camerino, el extraño continuaba sin moverse de su sitio. Bebía a sorbos su champaña y sus ojos insistían en buscar a la bailarina, como si la quisiera hechizar. ¿A dónde conducía ese juego? Anna Pavlova sin medir las consecuencias, impulsada por su proverbial coraje al observar la actitud del extraño, se abrió paso en medio de la multitud que casi la sofocaba y se le acercó. Cuando estuvo junto a él se atrevió a hablarle:

—Quisiera saber distinguido caballero, quién es usted y no lo tome como indiscreción. Acepte de antemano mis excusas si le incomoda la pregunta. Su presencia es lisonja, y desde ya se lo agradezco, pero también es un misterio que deseo desentrañar.

El aludido volvió a beber un sorbo de champaña, mientras el destello de sus ojos negros, parecía ser llamarada.

—Querida Anna; le ruego que no se inquiete por mi presencia. Perdone si no me identifico por ahora. Sería injusto interrumpir estas señales de júbilo y fascinación de quienes la idolatran. París se rinde a causa de su genio. Yo también admiro su arte desde siempre y esta noche he quedado seducido por su actuación.

—Le agradezco señor sus palabras de elogio que comprometen mi gratitud. ¿Es usted quien envió el paraguas negro?

—Sí, querida Anna. La idea consistía en viajar juntos esta noche por una comarca de sombras y lluvias, desde donde no se regresa. Sin embargo, he equivocado la oportunidad.

Ombligo en día de fiesta

En aquella reunión de amistad, Óscar aseguró haber visto un ombligo para enamorarse. Había entre la audiencia autoridades sobre la materia y bien podían cuestionar su entusiasmo. Alguien se puede enamorar de ojos soñadores, de una boca pulposa, de un trasero de bailarina de candombe, pero de un ombligo, parece un asunto estrafalario.

Cada domingo se congregaban en el café Bedat del Califa, un pintor de desnudos, un médico cirujano, una comadrona, un fotógrafo, una masajista, además de dos anticuarios. Aquella heterogeneidad obedecía a que eran filatélicos y los domingos aparecían en el lugar a intercambiar sellos, información, a charlar y a servirse un condumio.

—Quiero contarles amigos —intervino Óscar— que el viernes en la noche concurrí al cumpleaños de mi hermano. En medio de la algazara a alguien se le ocurrió realizar un concurso de ombligos. Lo que escuchan. Si los había de belleza, de quien tenía los mejores pechos y piernas, no existía razón para excluir esta cicatriz, cuya existencia es poco valorada. Aquella proposición, después de la sorpresa inicial, entusiasmó a los hombres y enredó a las mujeres. El promotor de la idea, un tipo vinculado a la televisión basura, dijo que a

la persona ganadora se le otorgaría un reconocimiento escrito, hecho por los asistentes.

—Tú Óscar —intervino la masajista— cada domingo nos traes novedades curiosas. Bueno. Continúa tu historia.

—El asunto tenía ciertas complejidades. Veamos. Mostrar el ombligo sin sacarse la ropa constituía una dificultad. A los hombres les basta abrir un par de botones de la camisa. Sin embargo, las mujeres pueden hacer lo mismo si tienen blusa o camisera, pero aquella noche había varias con vestido. ¿Cómo mostrar el ombligo sin perturbar la intimidad?

—Vaya, vaya; el asunto se pone interesante —dijo el pintor.

—Así lo veíamos los hombres. Comprenderán que hubo mujeres que se negaron a participar debido a tamaña dificultad. Por nada querían subirse las polleras y mostrar los calzones por muy coquetos que fuesen.

—Oye Óscar; no me vayas a decir que propusiste usar un biombo en casos especiales —alegó el fotógrafo.

—Así es mi querido amigo. De inmediato se inició el concurso al allanarse los problemas y se designaron tres jurados. Entre ellos estaba yo. Alternados empezaron a desfilan hombres y mujeres en medio de las risotadas, chillidos de gazmoñas. Semejante proceso se convertía en fiesta y constituía una delicia examinar ombligos. La chacota se había generalizado y creo que algunas mujeres habían vencido el pudor. Nunca creí haber visto ombligos de tan variadas formas, tamaños y colores. Una delicia. Aquella noche examinamos

veintisiete y por unanimidad designamos el de una chica que, sin ningún pudor se levantó las polleras, como quien baila cancán. Colegas. Debo admitir que nunca había visto un ombligo de tanta belleza.

—¿Qué más nos puedes decir sobre esa experiencia estrafalaria? —intervino la masajista y bebió un sorbo de café.

—Quiero hacer una descripción de ese ombligo y que se ajuste a la realidad. No es mi ánimo exagerar, crear en ustedes la sensación de que mi entusiasmo delirante me impidió ser ecuánime. Los tres jurados convinimos al cabo de una votación secreta, que el ombligo de aquella chica constituía un regalo de la naturaleza.

—Habla pronto de sus características, Óscar. Estamos ansiosos por conocer los detalles de la elección —adujo el cirujano y por debajo de la mesa rozaba el muslo de la comadrona.

—¿Qué se puede decir sobre la cicatriz redonda que tenemos en el vientre? Quizá, nada de interés. A lo sumo, que es una hendidura o una depresión que no se debe diferenciar en nada de un accidente geográfico. En ciertas culturas, las mujeres cuando danzan en público se ponen ahí una piedra semipreciosa: ópalo, lapislázuli o un ágata dependiendo el país. Aquella chica tenía un ombligo que parecía ser la boca en miniatura de recién nacido. Lo juro. Tierno, rosado, provisto del embrujo que llama a posar los labios en él para succionarlo hasta arrancarle trinos, el canto de las sirenas, quién sabe si música celestial.

—¿No exageras, querido Óscar? —interrumpió el fotógrafo.

—Yo —prosiguió el aludido— los he visto por miles y no quisiera ser acusado de dejarme seducir por las apariencias. Ese ombligo llamaba a la lujuria, a imaginar que bien podía lanzar quejidos de felicidad, ¿y por qué no a expresar palabras de amor?

—Nunca había escuchado semejante ridiculez —alegó la comadrona. —Mira Óscar. Sé que te gusta fantasear, pero hoy exageras.

—Yo también pienso lo mismo —dijo uno de los anticuarios.

—Veo que se apresuran mis amigos —retrucó Óscar—. Como filatélicos se nos reconoce por nuestra paciencia, y ahora compruebo que ustedes la traicionan. Ni siquiera han escuchado el desenlace de la historia y ya demuestran inquietud. Escuchen con atención. Al concluir el cumpleaños, la chica y yo de casualidad nos retiramos juntos, y claro, mi deseo apuntaba a volver a contemplar su ombligo. Se lo dije al cruzar la calle, mediante un susurro, mientras la cogía del brazo. Ella accedió después de sonreír, mientras movía la cabeza. A uno de los jurados no podía demostrarle ingratitud. Es así cómo se nos presentaban tres alternativas. Ir a su departamento, al mío o a algún otro sitio. Decidimos al fin optar por un lugar neutral como aconseja la prudencia.

—Mira Óscar. Yo creo que tú quieres burlarte de nosotros contando una historia absurda. Basta de

chirigotas —dijo el pintor, mientras se mordía los labios para sujetar la risa.

—Yo pienso lo mismo —aclaró el fotógrafo.

—Después de que les refiera el desenlace, pueden pensar cuanto se les ocurra. Aquí van los hechos ajustados a la verdad. Nos dirigimos al hotelito que hay frente a la Posada del Corregidor junto al Parque Forestal. Ascendimos por la escalera sin la precipitación del primerizo y arribamos donde nos recibió la encargada, vestida de cofia y delantal blancos. Ignoro por qué estas mujeres saludan con socarronería, como si quisieran decir: “Cuidado con defraudar”. Se nos asignó una pieza iluminada con discreción.

—Así nadie huye de un hotel de lance —intervino la masajista.

—Al concluir los minutos necesarios para adecuarnos —prosiguió Oscar— imploré a la chica que cumpliera la promesa. Se imponía la hora de la verdad. La vi dudar, sonreír en pícaro actitud mientras bajaba la vista, pero enseguida se quitó los zapatos en señal de apertura. Lo hizo, quien sabe, si deseosa de realizar una chiquillada. Ese preámbulo lo juzgué propio de quien sabe jugar al amor. Se allana por fin la senda de la voluptuosidad, pensé. Luego, la falda cayó a sus pies de diosa del bosque. La desnudez de sus piernas creaba una atmósfera de sortilegio. Largas como el camino al cielo, dotadas de la tersura del alabastro. Deshojarse sin alardes como si el viento de golpe nos hubiese caído encima, colmaba de deleite mi espíritu. La gula del apetito carnal, y lo juro, se había posesionado de mí y

todo lo veía color carne. Aquello se convertía en fruto de mi perseverancia unido a la perfidia.

—Cualquiera habría sentido lo mismo —sentenció el fotógrafo.

—Aquí va el desenlace; por lo tanto, demando atención. Ante mis ojos ansiosos de su oculta belleza, el ombligo volvió a seducir. Ahí me pude regocijar otra vez de su graciosa forma; la piel que lo cubría, le ayudaba a dar realce. Palpitaba quién sabe si pidiendo ser succionado, igual si me hubiese ofrecido sus pechos. Aún no los ansiaba. ¿Cómo reaccionar a ese envite de lujuria? Se había producido la conjugación feliz de la observación directa a su ombligo, mientras yo permanecía de rodillas. Veneraba a aquella deidad al intuir la cercanía de la dicha plena. Cuán próximo se hallaba el ombligo de mi boca sedienta; besarlo hasta arrancarle trinos de canario, murmullos de hojas secas, agua de rocío y mis humedecidos labios se allegaron a la depresión.

—¿A dónde nos quieres llevar? —intervino alguien.

—Entre tanto, deslicé mi mano por debajo del calzón de encaje en busca de la entrada a la gloria, situada en el vértice del andar. En aquella situación de extrema intimidad, frenesí, mientras le palpaba los glúteos, camino a la flor de su cuerpo, le hablé de amor. Sólo un imbécil habría desistido de semejante diversión, fuego que ardía en mi pecho. Ella me acarició la cabeza —¿cómo jugaba con la rebeldía de mi cabellera!— mientras gemía, me instaba a que me atreviese a más. ¿A tanto había llegado su lujuria? Se derribaban los

obstáculos y nada parecía detener el delirio de mis avances.

—Ahora sí que el asunto promete —intervino el fotógrafo.

—Suplicaba, suplicaba enloquecida, como quien nada sabe de la próxima gloria. Ambos trepamos desinhibidos por el camino del éxtasis. Me ofreció su boca jadeante. Nuestras lenguas se abrazaban en medio del torbellino. Mis dedos exploradores de la cerrada noche, nunca inmóviles ante el festín de aquella desvergonzada licencia, recorrieron el necesario trecho y se detuvieron donde correspondía. A causa de mi legítima curiosidad de seductor, palpé una sorpresa.

¿A quién esperaba?

Apenas apareció Baladíes en el café Bedat del Califa, empezó a observar a su alrededor. En su expresión de duda, se graficaba su estado de ánimo. Como no viese a quien parecía buscar en el público, se sentó a una mesa del exterior y pidió café. Mientras aguardaba el brebaje, cruzó por frente de él una mujer que llevaba un sombrero de generosas alas. En su rostro se advertía la amargura de quien ha destruido su matrimonio. Baladíes la examinó desde la cabeza hasta los zapatos verdes, igual a su sombrero. Creía haberla visto antes en el café.

Otoño asomaba y una suave brisa movía las hojas del diario que leía un fulano de gafas. Se detuvo en una noticia e hizo una mueca de sorpresa. En el obituario figuraba un amigo de la infancia.

Algo de nostalgia había en aquella escena del café situado en la plaza Tirso de Molina de Santiago. La mujer pensó sentarse a una mesa cerca de la fuente de agua. Quería sentir su rumor. Miró la hora en su diminuto reloj y se puso a observar el escaparate de una librería. Ahí estuvo dos minutos; bien podían ser casi tres. Enseguida se aproximó a un kiosco de diarios y compró una revista. Se sentó a una mesa que se hallaba en diagonal a Baladíes, a quien creía haber visto ahí en otras ocasiones.

El café Bedat del Califa lo frecuenta gente muy heterogénea. Desde jubilados, actores, poetas y políticos en busca de una sinecura. Para llamar al mesero, la mujer realizó señas con la mano en alto. Al hacerlo, tintinearón los dijes que tenía en la pulsera. También pidió café.

En escena apareció un hombre que vestía chaqueta a cuadros, camisa de popelín y llevaba enrollada al cuello, una bufanda gris. Como sus zapatos lucían empolvados, bien podía venir desde lejos. Se sentó cerca de la mujer del sombrero verde y dominado por el afán de conquista, se dedicó a observarla. Parecía disfrutar de esa actitud impertinente, propia de seductores en decadencia. Pidió café acompañado de un trozo de pastel y desde el bolsillo de su chaqueta, sacó un manojito de llaves.

Sin prisa Baladíes sorbía el café, en tanto dirigía su mirada hacia el frente, hacia los costados. ¿Regresaría ella al café? No quiso mirar debajo de la mesa. Por mucho que fuese una lombriz a quien esperaba, el verme no iba a cometer la insensatez de ocultarse ahí. A menudo, las lombrices viven bajo tierra y saben cómo actuar en esa clase de escenarios.

La mujer del sombrero verde —no olvidar que sus zapatos también lo eran— empezó a hojear la revista. Lo hacía con la displicencia de quien incluso respirar parece aburrido. Se mojaba el índice en la lengua. Ese gesto entre vulgar y divertido, le otorgaba originalidad en su proceder. Bien podía actuar así, molesta por las

miradas insistentes de quien tenía enrollado al cuello, una bufanda azul. Perdón: gris.

Ella a sorbos bebía su café, envuelta en aquel ceremonial de oriente, donde el tiempo parece no existir. Había vivido un tiempo en Beirut al divorciarse, y creía aún permanecer en esa ciudad. Regresaba a Santiago después de años de ausencia y volvía a asistir al café. Apurar el consumo de su brebaje, la obligaría a marcharse, y su ánimo parecía enfocado a permanecer ahí hasta que oscureciera. Volvió a mojarse el índice.

A modo de completar ese cuadro digno de Fernando Botero, emergió en escena un hombre menudo, acompañado de su pequeño hijo. Vestían camisas blancas, zapatos de charol, chaquetas y pantalones negros, y tenían sombreros negros. Llevaban un bombo con platillos de bronce y se instalaron juntos a la fuente de agua. Al cabo de unos minutos, luego de observar al público del café, decidieron actuar.

Después que el hombre pidiese autorización a la concurrencia, hizo una venia solemne mientras se sacaba el sombrero, para iniciar el espectáculo. El niño empezó a bailar alrededor del bombo, mientras su padre golpeaba el instrumento con un mazo, giraba como trompo, y al accionar un pedal sujeto a su pie, sonaban los platillos. Bum, bum, bum... Aquella escena de carnaval del altiplano, fiesta destinada a celebrar el inicio del invierno, modificó la adustez en la expresión de la mujer del sombrero verde. Ese niño le recordaba a alguien vinculado a su vida.

Se emocionó Baladíes al ver a los danzarines. ¿A ellos esperaba aquella esa tarde de otoño? Los artistas no se hallaban entre sus amistades. El bombo y los platillos sonaban nostálgicos, sobrecogedores, como si fuese el llamado lejano, de quien anuncia desgracias.

El hombre de la chaqueta a cuadros hizo un gesto con reservado entusiasmo, propio de quien aprueba a los danzarines. Había en su expresión ese aire de displicencia de señorito. E insistía en mirar a la mujer del sombrero verde. No pudo refrenar las ganas de hacerle un gesto de complicidad, donde insinuaba compartir su mesa.

Padre e hijo, al concluir la representación, empezaron a recorrer el café. Pedían unas monedas y extendían los sombreros para recibirlas. Aunque el otoño vivía su apogeo —caían las hojas del Parque Forestal ahí cerca— no se expresaba la generosidad de quienes habían disfrutado de la presentación. Después, padre e hijo se fueron a sentar en el borde de la fuente de agua y se dispusieron a contar las monedas. En la expresión de ambos se dibujaba la desazón. Ese día la generosidad hizo un guiño de ausencia. Apenas si les alcanzaba para comer un pan con mantequilla en el mercado Central, junto al río Mapocho.

Baladíes observó la pesadumbre de los artistas en sus gestos y con la mano hizo señas para que se acercaran. ¿Usted nos llama a nosotros? Indagó con la mirada el hombre, y se apuntaba el pecho con el índice. “Los invito a beber café, y si desean, pueden pedir un

trozo de torta”, anunció Baladíes, cuando padre e hijo se aproximaron a la mesa.

Quien atendía ese sector del café, un sujeto con rasgos de mestizo, miró con desdén a los artistas. Tanta era su contrariedad que apretaba los dientes. ¿A quién se le ocurría invitar al Bedat del Califa a esa clase de gente, donde concurren personas selectas? Vaya bochorno. El proletariado, al parecer, se empezaba a apoderar de la ciudad. Igual tomó el pedido y se alejó acompañado de su molestia. Acostumbraba atender a personas de posición social superior a la suya; por necesidad a sus iguales; jamás a quienes se situaban por debajo de su nivel.

Después de una conversación de acercamiento e intimidad, el niño se atrevió a hablar. Dijo a Baladíes que le recordaba a su abuelito. “¿Tan viejo soy?” Alegó el interpelado. Los hombres rieron. En los ojos del niño asomó el júbilo, al ver el café con leche que le traían, junto al trozo de torta de chocolate. ¿Todo esto es para mí? indagó con la mirada, mientras las lágrimas visitaban sus ojos de inocencia. En tanto, su padre quería conocer aquella muestra de generosidad, inusual en Santiago. Preguntó a su anfitrión por qué los había invitado a compartir la mesa. Desde que trabajaba con su hijo, después de actuar, nadie les había ofrecido ni un vaso de agua.

Por curiosidad, Baladíes escudriñó el poso de la taza de su café. Quiso ver ahí, indicios de su futuro. De soslayo miró a la mujer del sombrero verde que, atareada en hojear la revista, parecía ausente. Al fulano

de la chaqueta a cuadros, que se echaba al bolsillo el manojito de llaves, como quien oculta una intimidad. Se ponía de pie y se encaminaba en dirección por donde había llegado.

A modo de conclusión, Baladíes refirió al hombre del bombo, que él acostumbraba concurrir a ese sitio dominado por la nostalgia. Nada dijo que ahí había finalizado hacía años, su relación de amor con su mujer, a quien día a día esperaba en vano.

Dudar alimenta la imaginación

Félix se sorprendió al observar cómo Alondra se acicalaba con esmero de actriz. ¿Dónde pensaba concurrir su mujer aquella noche? Olió su perfume cautivador, los menjunjes que sólo utilizaba en ocasiones especiales, mientras circulaba por la pieza con atrevido sostén de encaje y calzones breves como labios de niña. Desde hacía meses no la veía usar prendas de seducción. ¿Acaso tenía amante o gigoló? En silencio la escudriñaba de hito en hito, sin demostrar una pizca de inquietud.

¿Cómo olvidar las ocasiones en que la asediaban después de actuar en el teatro? Su camarín se invadía de buqués, canastillos de flores, cajas de chocolates, esquelas donde le declaraban su amor, en tanto él debía ahuyentar a los moscardones.

Alondra continuaba poseyendo belleza, elegancia, ese aire de diosa del Olimpo. Al actuar, la hirviente frialdad de su mirada se convertía en poderoso imán. Si para Félix observarla desvestirse constituía delicia, juego excitante, hacerlo ahora mientras se vestía, alcanzaba el clímax donde las sospechas anidan adulterios.

En silencio Félix se refugió en la salita, después de abandonar la alcoba. Simulaba leer, pero hacerlo le permitía seguir su labor de vigilancia. Al observar cómo Alondra continuaba acicalándose mientras canturreaba y sonreía, le aumentaron las sospechas. De reojo asistía a

aquella fiesta alborotadora, a la cual nadie lo había invitado. En medio de su corazón sentía el tic tac del reloj de pared. Cómo le inquietaba el tiempo, la fugacidad de las horas, el instante en que Alondra decidiese salir. Dudaba si indagar sobre aquellos alardes de fémica tocada por la inmortalidad. Sólo en una ocasión la regañó por haber accedido a cenar en privado con la dramaturga Monserrat del Alba, quien parecía estar enamorada de ella. “Salí incólume” se atrevió a responder Alondra.

Mientras él durante la mañana revisaba una agenda, la vio hablar por teléfono y anotar algo en un papel. ¿Qué tramaba? Alondra circulaba de uno a otro cuarto, exhibiendo el desenfado que la hizo célebre, cuando interpretaba los personajes de Juan Radrigán. Su forma de desplazarse constituía alarde de sensualidad, embrujo, de quien invita a materializar un encuentro. De seguro, aquellas demostraciones apuntaban a agredirlo. ¿Cuál era la razón del pavoneo, de tanta jactancia? Jamás la había visto envuelta en aquella actitud, en la que se acrecentaba el misterio. ¿Fingía? Quizá, nunca hubo una actriz de su talento y en esa oportunidad ansiaba, por una razón oculta, recordar la época de su mayor esplendor.

El hecho de acicalarse cuando se hacía noche, constituía una postura ajena a sus hábitos. A menudo iba a visitar a amigas actrices, al ensayo de una obra de teatro, y no se ataviaba como ahora. Favorecía la naturalidad en el vestir, porque la realizaba. Donde fuere la reconocían y la colmaban de elogios. La pareja vivía el

inicio del otoño sin retorno, y la quietud adornaba sus costumbres austeras.

Félix, incómodo por las demostraciones de Alondra, la quiso interpelar en medio de dudas que nutrían su imaginación. Preguntar dónde pensaba ir antes de la cena, parecía legítimo. Si soslayaba el tema, quedaría convertido en estúpido. No había secretos en la pareja, ni siquiera vinculados a la intimidad. Ella, sin embargo, lo podía acusar de celador y endilgarle ese reproche: “¿Y de dónde surge tu desconfianza?” Félix se turbó cuando Alondra ya engalanada, le dijo al oído:

—Mi amor. Como hoy es nuestro aniversario de bodas, reservé un cuarto en el motel “Noche clandestina”.

Laboriosidad

¿Cuál es la mayor desgracia para una persona?

—Ser ciega —razonaba Andrea, mi mujer— porque el mundo permanece en tinieblas y a menudo se termina convertida en objeto, si no hay voluntad de superar ese infortunio.

En parte yo discrepaba de su análisis y le respondía:

—Si el ciego tiene un perro de lazarillo, un bastón; sobre todo perseverancia y el apoyo de la familia, puede en nuestra sociedad, realizar una vida normal.

—Yo participo de tu opinión. Así lo siento. No es lo mismo, sin embargo, perder un brazo, una pierna. Hay prótesis y se puede desarrollar infinitas actividades. Ahora, si una queda calva, se pone una peluca. Mira. No es mi ánimo convertirme en una odiosa crítica.

—Hay ciegos —insistía yo— que cargan su infortunio, por darle esta definición peyorativa, con una dignidad que muchos la quisieran. Leen en el sistema Braille con asombrosa facilidad. Disfrutan de la música, del silencio, de la fragancia de las flores; y lo que nos parece una limitación, para ellos es ventaja. Esto mi amor, muy bien lo sabes.

Andrea sonreía al escuchar mis observaciones y su rostro se iluminaba. Mientras me besaba en la boca, en las manos, decía sentirse dichosa. En las mañanas la acompañaba a sus clases. Desde hacía años trabajaba

con niños ciegos en una escuela de Peñalolén, a dos cuadras de nuestra casa, y hablar sobre el tema, le producía excitación. Se cogía de mi brazo y caminaba como si el tiempo sobrara.

Desde ahí yo me dirigía a la universidad a dictar mis clases de antropología. Cerca de las tres de la tarde, la pasaba a recoger al colegio. Después de sus clases, la veía en el jardín sentada en un sillón de mimbre de Chimbarongo, tejiendo en crochet una colcha para nuestra cama.

A menudo se ponía a cantar temas de Violeta Parra, a quien había conocido en su carpa de la comuna de La Reina. Me sentaba junto a ella para verla tejer y expresarle mi admiración por su trabajo de prodigiosa artesanía. Cuánto me embelesaba observar su laboriosidad, la belleza de su arte, unidos a su espíritu ajeno a claudicaciones. Esta historia la he revivido al cumplirse un año de la muerte de Andrea, quien había nacido ciega.

Índice

Funeral bajo la lluvia

Pabellón de la muerte	5
Vida entre algodones	8
Solitario en la ciudad	11
Funeral bajo la lluvia	19
Pastel con crema chantilly	25
Pasión y desenfreno	28
Cosas del azar	32
Paraguas negro	33
Ombigo en día de fiesta	38
¿A quién esperaba?	45
Dudar alimenta la imaginación	51
Laboriosidad	54



AURORABOREAL®

CUENTO

2014

Walter Garib

Escritor chileno (1933). Ha publicado *Esclavo de tu inocencia* (2013), *Le voyageur au tapis magique* (2012), *Malandanzas de un enano* (2009), *El viajero de la alfombra mágica* (2008), *No recomendable para señoritas* (2007), *Me dicen El Querubín* (2007), *Hoy mañana del ayer* (2006), *Historias que caben en un dedal* (2004), *La noche interior* (Antología de Cuentos varios autores 2001), *L'Homme qui cherchait son visage* (2000), *100 Cuentos brevísimos de Latinoamérica*, *Antología de Cuentos* (2000), *El otro Caín* (1997), *El hombre del rostro prestado* (1997), *Vendimial 3* (Antología de Cuentos varios autores 1995), *Pícaros y atrevidas* (1994), *Antología del cuento erótico* (Varios autores), *Caudillo iluminado* (1993), *Cantarrana no es la luna* (1993), *Por desamor al amor* (1992), *El viajero de la alfombra mágica* (1991), *Las muertes de un falte difunto* (1990), *Las noches del Juicio Final* (1989), *De cómo fue el destierro de Lázaro Carvajal* (1988), *Travesuras de un pequeño tirano* (1986), *Agonía para un hombre solo* (1977), *El pescador y el gigante* (1973), *Festín para inválidos* (1972) y *La cuerda tensa* (1963).

Aurora Boreal® eBooks

Foto Walter Garib © Jorge Sacaan

Diseño: Leo Larsen®

Portada y contra portada foto © Mario

Camelo

FUNERAL BAJO LA LLUVIA

Walter Garib



Puro Cuento

AURORABOREAL®

www.auroraboreal.net